



EVOCACIÓN DEL PROF. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ

Con noventa y dos años, falleció en el Otoño del pasado año el Prof. Dr. Don José Hernández Díaz, después de una fecunda vida de trabajo, en varias facetas, que obliga a incluirlo dentro del catálogo de las personalidades más ilustres de la Sevilla de nuestro siglo.

Trianero de nacimiento y familia materna, algo que configuró bastante su manera de ser, estuvo ligado a la Universidad hispalense, de la que llegó a ser Rector durante casi dos lustros, desde su acceso a la Facultad de Filosofía y Letras donde cursó, brillantemene, su Sección de Historia a cuyo término fue nombrado Auxiliar de las Cátedras de Filosofía y de Teoría de la Literatura y de las Artes en las que, con variantes administrativas que no hacen al caso, se mantuvo hasta su acceso a la Cátedra a comienzos de la década de los cincuenta.

Discípulo del inolvidable maestro Don Francisco Murillo Herrera, se integró pronto en la plantilla de investigadores del Laboratorio de Arte, por aquel fundado, con notables éxitos como lo prueban los títulos por él firmados dentro de la importantísima colección de Documentos para la Historia del Arte en Andalucía que, sin duda, fueron el cimiento de su amplia y constante actividad investigadora.

Más docente por irrenunciable vocación, compaginó su actividad profesoral en la Facultad con el ejercicio de la enseñanza en el Instituto Murillo, del que llegó a ser Director durante algún tiempo, así como en la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de la que fue fundador y Director hasta su jubilación, donde enseñó Historia del Arte a muchas generaciones de pintores y escultores con la inestimable habilidad pedagógica de saber que su docencia en la misma precisaba una metodología diferente a la universitaria.

Tras el cese, por jubilación reglamentaria de Murillo Herrera, quedó encargado de su Cátedra, ya titulada de Historia General del Arte, que luego ganó por oposición y en la que mantuvo hasta su paso a la recién creada de Historia del Arte Español que desempeñó hasta su obligado cese administrativo a comienzos de la década de los setenta; compaginando la enseñanza con la dirección del Laboratorio de Arte así como de numerosas Tesis de Licenciatura y Doctorado y formando una pleyade de discípulos de los que tengo el alto honor de ser el más antiguo.

La multitud de horas de trabajo que esto le supuso, no fue óbice para su ya comentada labor investigadora. Fruto de esta son sus numerosas publicaciones—libros y artículos de revistas— que a otro toca comentar pero de las que no puedo dejar de omitir los cuatro tomos del, por desgracia inconcluso, Catálogo Artístico y Arqueológico de la Provincia de Sevilla que redactó en unión de los también Profesores universitarios Don Francisco Collantes de Terán y Delhorme y Don Antonio Sancho Corbacho. Tal vez su acceso al Rectorado fue el responsable de esta lamentable interrupción, pero,

no por ello, esta circunstancia oscurece su gestión al frente del Alma Mater. Esta fue, como antes lo había sido su paso por el Vicerrectorado durante los mandatos de los Doctores Don Carlos García Oviedo y Don Juan Manzano y Manzano con la aneja presidencia a la Junta de Obras que dirigió la instalación de la Universidad en el antiguo edificio de la Fábrica de Tabacos, totalmente desinteresada y con aciertos tan acusados como la construcción del edificio del Policlínico anexo a la Facultad sevillana de Medicina que, durante algún tiempo, le estuvo dedicado.

Su vocación política, siempre al servicio de la Cultura, le llevó a la Alcaldía hispalense durante un corto tiempo, con hitos tan importantes para la docencia local como la creación de las Escuelas Superiores de Arquitectura e Ingenieros Industriales, tras la que pasó a la Dirección General de Universidades del Ministerio de Educación y Ciencia, durante el mandato de Don Manuel Lora Tamayo, que, igualmente, desempeñó con acierto. Tras su cese, su vuelta a Sevilla y su plena dedicación a la docencia universitaria así como a la organización de la Sección de Arte, recién creada dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, sin abandonar por ello su amplia labor investigadora.

Docente antes que nada, practicó la labor de Extensión Universitaria pronunciando multitud de conferencias en Academias, Universidades, Colegios Mayores, Institutos, y Centros culturales nacionales y extranjeros. A este respecto, cabe señalar que, dotado de unas excelentes dotes oratorias, poseyó el don de la conferencia que hacía de sus intervenciones públicas verdaderas piezas literarias al par que perfectamente comprensibles a toda clase de auditorio.

Cristiano a carta cabal, no solo vivió y practicó su Fe sino que sirvió a la Iglesia Católica, de la que fue ferviente hijo, así como a la Archidiócesis hispalense tanto en sus largos años de Profesor de Arqueología Sagrada en el Seminario Conciliar cuanto en sus acertadas intervenciones en la Comisión de Arte Sacro. Todo ello de manera desinteresada y siempre al servicio de los Prelados —Cardenales Ilundain y Esteban, Segura y Saenz y Bueno Monreal y Arzobispo Amigo y Vallejo— que durante su vida ocuparon la sede isidoriana.

Por último, hay una faceta en su vida pública que no me resisto a omitir por haberla vivido muy intesamente junto a él y por haber tenido el honor y la satisfacción de sucederle en una de sus actividades al respecto. Se trata de su vocación académica que le llevó a pertenecer como Numerario a las Reales Sevillanas de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Buenas Letras, e incluso de Medicina; a la Nacional de Bellas Artes de San Fernando de Madrid así como, en la condición de Correspondiente, a numerosas españolas y extranjeras. En este sentido su actuación en la de Bellas Artes sevillana, en la que ocupó Sillón durante sesenta años y la presidencia durante cuarenta, fue verdaderamente ejemplar con hitos que no consigno por haberseme encomendado esta glosa en la revista anual de dicha Real Corporación.

Y nada más. Descanse en paz este preclaro docente universitario, excelente investigador y honesto hombre público y que su magisterio y ejemplo nos sirva a todos de inolvidable y permanente lección.

ANTONIO DE LA BANDA Y VARGAS

Catedrático de Historia del Arte de la Universidad Hispalense.